

ESCENA XIII.

Isabel. Doña Mencía. Damas. El Rey. Alabarderos. Gentiles hombres. Ugieres, etc. Luego Gonzalo. Despues Quevedo.

Menc. ¡Su Magestad!

Rey. ¡Qué es esto?—¡oh cielo! ¡Isabel!

Gonz. (Volviendo, y todavía con la espada desnuda.) Vengué....

Menc. (Llamando la atención del Rey hacia Gonzalo.)

¡Allí está el agresor!

Quev. (Con la credencial en la mano.)

¡Armas! ¡Gritos! ¡Quién es ella?

Rey. ¡Socorred á esta doncella!

Quev. } ¡Ah!

Gonz. }

Rey. ¡Prended á ese traidor!

Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

Quevedo. El Alcaide.

Alc. Sois amigo mio y sois D. Francisco de Quevedo: nada puedo yo negar á tan noble caballero.  
(A un carcelero que le sigue.)  
Abrid aquel calabozo y salga á esta sala el preso.

(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacedme mucha merced, y en el alma os lo agradezco.

Alc. Quien aquí os deja abrazarle bien quisiera á vuestro afecto entregarle indemne y libre; pero convicto y confeso Don Gonzalo de tan grave delito....



Quev.

Lo sé.

Alc.

No espero....

Quev.

Ya sale. Dejádme á solas  
hablar con él un momento.

ESCENA II.

Quevedo. Gonzalo.

(Se abrazan.)

Gonz.

¡Oh mi protector! ¡mi amigo!

Quev.

¡Gonzalo!

Gonz.

No es tan adverso  
el astro que me persigue,  
pues me concede el consuelo  
de abrazaros.

Quev.

(Ap. ¡Pobre jóven!)

Quisiera ser mensagero  
de nuevas mas venturosas,  
Gonzalo. El herido ha muerto,  
y era de linage ilustre,  
y en palacio es sacrilegio  
el homicidio. No obstante,  
quizá logren mis esfuerzos  
salvar tu vida, si pruebas  
que desnudaste el acero  
por defenderla.

Gonz.

Yo fui  
quien el combate sangriento  
provocó.

Quev.

¡Cuál fué la causa?

Gonz.

Una dama.

Quev.

¡Ah! mi proverbio  
es infalible. ¿Era acaso  
aquel hermoso portento  
que un desmayo....

Gonz.

Aquella era  
mi Isabel, mi bien, mi cielo.

Quev.

¡Y don Alvaro el rival  
sacrificado á tus celos?

Gonz.

No. Agravios de otra muger,  
que en ella vengar no puedo,  
satisfizo con su sangre.

Quev.

(Ap. ¡Son dos las que entran en juego!)  
¡De otra muger!

Gonz.

La Condesa....

Quev.

¡El aya!...

Gonz.

Si.

Quev.

Ahora recuerdo....

Ella presentó á Isabel...  
Don Alvaro fué su deudo....

Gonz.

Rubor me cuesta decirlo;  
pero ya, ningun respeto  
debo á esa aléve muger,  
de cuyo insano despecho  
es blanco infeliz el ángel  
que llevo en el alma impreso.  
Su amor osó descubrirme,  
y fiel á mis juramentos,  
yo, que á grandezas no aspiro....  
Quev. Basta: todo lo comprendo.  
Solo una muger celosa  
concebiria proyecto  
tan horrible. ¡Oh! y por desgracia  
el tiro ha sido certero.

Gonz.

¡Qué decís?

Quev.

¡Eres perdido!

Gonz.

¡Cómo!

Quev.

Felipe está ciego,  
loco de amor por tu bella  
Isabel.

Gonz.

¡Oh Dios!

Quev.

Y temo....

Gonz.

Terrible competidor  
es todo un Rey, lo confieso;  
pero la fé de mi hermosa,  
que es de virtudes modelo,



me tranquiliza.

Quev.

¡Ay Gonzalo!

No fies en ese seco  
vano, frágil y voluble.  
Pero atendamos primero  
á tu salvacion. En tanto  
que tu amor sea un secreto  
para el Rey, no es imposible  
romper, Gonzalo, tus hierros.  
Ya le he pedido tu gracia,  
se la pediré de nuevo,  
lucharé contra el influjo  
de la Condesa, y no pierdo  
la esperanza....

Gonz.

¡Oh detestable

muger, que abortó el infierno  
para amargar mi existencia!  
Vierte en mí solo el veneno  
de tu implacable rencor;  
lave mi sangre el desprecio  
con que herí tu altivo orgullo;  
pero ¡qué agravio te ha hecho  
la rosa cándida y pura  
que inficionas con tu aliento?  
Dejadme, amigo y señor,  
agobiado bajo el peso  
de mi cruel infortunio.

Si honra y amor me hacen reo,  
antes que el fiero verdugo,  
me matará mi tormento.

¡Qué es ya para mí la vida?  
¡Qué es la libertad, si lejos  
he de vivir de mi amada?

Quev.

Vive, que aun eres mancebo,  
y Dios es grande, y no está  
reducido el universo  
á una aya y una menina:  
y tras del turbio aguacero  
suele amanecer radiante

el sol; *post nubila Phæbus.*  
Vive ocho dias siquiera,  
no puedo pedirte menos.  
Ese plazo basta y sobra  
para saber si el objeto  
de tu acendrado cariño  
merece el alto trofeo  
de que apresures por ella  
de la vida el breve término,  
como si al mundo faltaran  
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

Quevedo. Gonzalo. El Alcaide.

Alc.

(A Gonzalo.)

Con real salvoconducto  
Una dama quiere veros.

Quev.

¡Buén presagio! . . . ¿Quién es ella?

Alc.

No sé. Trae echado el velo.

Gonz.

(Aparte con Quevedo.)

¡Será. . . Isabel?

Quev.

¿Quién lo duda?

¡Y aun te quejarás!

Gonz.

Yo tiemblo.

Quev.

Para tí el primer favor.

¡Oh!

Gonz.

Será si yo lo acepto.

Quev.

¡Por qué no? ¡La libertad!

No averigues á qué precio  
te la comprá.

Gonz.

¡Ella en mi cárcel!

Alc.

¡Qué respondeis?

Gonz.

Que me niego.

á recibirla.

Quev.

¡Estás loco?

¡Qué vas á perder por eso?

(Al Alcaide.)

Que entre.



- Gonz. No.—Pero ¿qué digo?  
Quiero saber si son ciertos  
mis temores; quiero ver  
si con el rostro sereno  
se atreve. . . . Que entre esa dama.  
(*Váse el Alcaide.*)
- Quev. Bien; dila mil improperios  
si es preciso; pero acepta.
- Gonz. ¡Acepta! . . . .
- Quev. Del lobo un pelo.  
Yo, mientras dura la plática,  
Me ocultaré en tu aposento.
- Gonz. ¡Allí! . . .
- Quev. ¡Bah! En un calabozo  
estoy yo como en mi centro.  
(*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

Gonzalo. La Condesa.

- Gonz. ¡Será el Rey tan generoso  
que sacrifique á los fueros  
del honor y la justicia  
la pasion....  
(*Viendo á la Condesa que al entrar se alza el velo.*)  
¡No es ella! ¡Cielos!
- Cond. ¡Mi visita os sorprende!
- Gonz. Me sonroja.
- Cond. Yo....
- Gonz. ¡Accion digna de vos! ¡Rasgo eminente!  
¡Venís á escarnecerme en mi congoja?  
Faltaba esta corona á vuestra frente.
- Cond. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia  
Dios no me ha dado corazon de fiera.
- Gonz. ¡A mí me lo decís!... ¡Oh infame audacia,  
que ni de vos, señora, lo creyera!
- Cond. Culpable fui; mas vuestro bien anhelo  
mas que el mio: á Dios pongo por testigo.

- Gonz. Bien que venga de vos, será mi duelo;  
¡tanto es lo que os detesto y os maldigo!
- Cond. En buen hora. Era flecha mas aguda  
al alma que por vos solo respira,  
aquella indiferencia helada y muda  
que vuestra maldicion y vuestra ira.—  
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo  
y es temible rival.  
¡Muger malvada!
- Gonz. Vos....
- Cond. No: os lo juro.
- Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo?...
- Cond. Aquel retrato....
- Gonz. ¡Ay, prenda idolatrada!  
Al conducirme aquí, bárbara mano  
me lo arrancó del pecho.  
El Rey lo tiene...  
¡Oh desesperacion! ¡Oh rey tirano!
- Cond. ¡Callad!
- Gonz. No hay fuerza que mi labio enfrene.  
(*Bajando la voz.*)  
¡Ah, que os perdeis! ¡callad, por vuestra vida!  
Yo os sacaré de aquí libre y seguro.  
Esta noche á las doce... Seducida  
tengo á la guardia, y allanado el muro.
- Gonz. ¡Qué oigo! Vos...
- Cond. Un caballo mas que el viento  
veloz, y gente fiel que os guie y guarde,  
os previene mi amor, y oro sin cuento....
- Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.  
Ya lo he dicho; de vos solo la muerte  
me fuera grata.
- Cond. Mas si al cielo plugo  
que por mí te persiga adversa suerte,  
¡haré mucho en librarle del verdugo?  
No mi don te averguence y te sorprenda,  
que no es mérced la que de mí recibes;  
es de mi expiacion la justa ofrenda.  
¡Oh! ¡máteme mi angustia si tu vives!



Gonz. ¡Guardara yo esta vida que aborrezco,  
á espensas de otra vida... aun de la vuestra?

Cond. ¡No soy yo sola quien morir merezco?  
¡No es mi suerte mas dura y mas siniestra?

Gonz. ¡O pretendéis que, á fuer de agradecido,  
connigo os lleve prófugo y errante...

Cond. No. Sepulta por siempre en el olvido  
á esta muger funesta y delirante,  
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube  
por tí implorando al Todopoderoso,  
yo soy la oscura procelosa nube  
que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.  
Si supiera morir una y mil veces,  
no turbaré tu paz, fantasma horrible;  
mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,  
que ni compro venturas ni las vendo.  
En pago de este amor que, mal mi grado,  
hasta el crimen me lleva en su delirio,  
y á no verse por tí menospreciado  
mi virtud elevara hasta el martirio,  
no te pido, ni esa alma que no es mia,  
ni una sonrisa, ni las yertas flores  
que tributá cortés galantería,  
ni aun que piadoso mi infortunio llores.  
Solo te pido que sin torvo ceño,  
pues tú la causa de mis yerros eres,  
no indigna juzgues de llamarte dueño  
á la mas infeliz de las mugeres.  
Pues galardón no escijo ni lo espero,  
¡por qué esta alma leal tanto te enoja?  
¡Por qué la abnegacion con que venero  
la mano misma que de tí me arroja?  
Consiente al menos que invocando muera  
tu nombre, y no tu lengua me maldiga  
si tanto te amo como amar debiera  
al Dios que por amarte me castiga.

Gonz. Mas merecéis que mi piedad mi encono;  
pero quiero morir como cristiano.  
¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.

Cond. ¡Gonzalo!

Gonz. No os canseis, señora, en vano.

Cond. ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente  
de un villano designio se hizo esclava!  
¡Cómo no ví en mi cólera impotente  
que era inútil el crimen que intentaba?  
Aunque un mar de peligros la rodea  
merced á mi protervo desvario,  
no temas, no, que infiel tu amada sea  
si un corazón abriga como el mio.  
Alma en que está tu imagen esculpida,  
no puede codiciar mayor tesoro;  
y ¡qué no hará la que se ve querida  
si triste y desdenada yo te adoro?  
¡Ah! ¡Perdon! ¡Qué te importa mi amargura  
ni que mi rostro inflame la vergüenza?  
¡No mas! Todo lo inmoló á tu ventura.  
Sálvate, y vive.... y mi enemiga venza!  
Vive, sí.... ¡para ella! Industria el cielo  
y poder me dará y ánimo fuerte  
con que á los dos, mientras su oscuro velo  
tienda la noche lóbrega, os liberte.  
Sí; yo misma, yo misma, aunque á mi cuello  
sean dogal vuestros nupciales lazos,  
robaré de tu amor el ángel bello  
y de mis brazos pasará á tus brazos.

Gonz. ¡Jamás, jamás! Merece ese heroísmo  
que otra vez os respete y os estime;  
mas fuera en mí vileza y egoísmo  
aceptar sacrificio tan sublime.

Cond. ¡Fatal obstinacion! No sacrificio,  
deuda es sagrada que pagaros debo.  
El cielo un día premiará propicio....

Gonz. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré....  
(Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo  
le detiene.)



ESCENA V.

*La Condesa. Gonzalo. Quevedo.*

*Quev.* ¡Tente, mancebo!  
*Cond.* *(En ademán de cubrirse el rostro.)*  
¡Quevedo!

*Quev.* No te turbe mi presencia,  
generosa mujer: Muchas la historia  
recordará que imiten tu demencia:  
ninguna que así vuelva por su gloria.  
Yo también, lo confieso, te escraba,  
y ya solo besar tu planta puedo.  
¡Grande debes de ser cuando te alaba,  
te admira don Francisco de Quevedo!

*(Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo,  
que sombrio y meditabundo, se ha dejado caer sobre  
un escano.)*

Pero la noche avanza; el tiempo corre,  
Su vida, si por vos no la recobra,  
peligra....

*Cond.* ¡Ah! Sí.

*Quev.* Sacadle de esta torre.  
No dejes incompleta vuestra obra.

*Cond.* ¡Qué haré? El rehusa....

*Quev.* En mí de un tierno amigo,  
de un padre oír la voz sincera y blanda.  
Volad.... Si persuadirle no consigo,  
salvadle á su pesar. ¡Dios es lo manda!

ESCENA VI.

*Gonzalo. Quevedo.*

*Quev.* ¡Cómo has sido tan cruel?  
¡En qué humano corazón  
cabe pasión....

*Gonz.* Su pasión

*Quev.* me pierde y pierde á Isabel.  
Su humilde arrepentimiento  
salvar anhela á los dos.

*Gonz.* No hubiera ofendido á Dios,  
y ahorrara el remordimiento.

*Quev.* Yerro de amor no desdora,  
y pues con tanta hidalguía  
lo repara....

*Gonz.* ¡Es culpa mía  
si á otra el corazón adora?  
Harto es trocar mi desvío  
en piedad de su dolor;  
mas porque admire su amor  
¡he de renunciar al mío?

*Quev.* ¡Quién pide tal, insensato?  
¡No sacrifica á tu gusto!...

*Gonz.* No recibirlo es mas justo  
que ser á un favor ingrato.  
Solo con mi amor podría  
pagar el de esa mujer,  
y á ella no quiero deber  
lo que por ella no haría.

*Quev.* ¡Oh! ya te pasas de estóico.  
Y ¿sabes tú, desdichado,  
si tendrá tu dueño amado  
un corazón tan heroico?

*Gonz.* ¡Lo dudais!

*Quev.* Yo me holgaria  
de tener tanta fortuna  
que topase á falta de una,  
con dos Fénix en un día.  
Mas, si la verdad te digo,  
en tales manos cayó  
y ella es tan niña.... que.... no  
las tengo todas conmigo.

*Gonz.* Si ella falta á la promesa  
que me hizo con tanta fé,  
en trance tal volveré  
mis ojos á la Condesa....



Quev. ¿Para amarla? Harias bien.  
 Gonz. No; para imitar su ejemplo  
 y alzar á mi dama un templo  
 aunque llore su desdén.  
 Quev. ¿Tú seguirias la huella  
 de la Condesa, aunque....  
 Gonz. Sí.  
 ¿Censurariais en mí  
 lo que celebráis en ella?  
 Quev. A todo el que así me arguya,  
 llamaré loco de atar.  
 ¿Por cierto que es singular  
 metafísica la tuya!  
 ¿Por qué, como el aya triste,  
 dar con tu razon al traste?  
 ¿Qué palabra la empeñaste?  
 ¿Qué juramento la hiciste?  
 Ella se prendó de un hombre  
 que si fué sordo á su arrullo,  
 humillar podrá su orgullo,  
 pero no afrentar su nombre.  
 ¿Se dirá tal de tu bella?  
 Amala fiel en buen hora;  
 pero si la amas traidora,  
 amas tu deshonra en ella.  
 Gonz. Su fé....  
 Quev. Bien: no la denigro;  
 mas de amparo necesita:  
 no se lo niegues. Quien quita  
 la ocasion quita el peligro.  
 A una jaula te sentencio  
 si no triunfa la razon  
 de esa extraña obeecacion,  
 de esa....  
 (Bajando la voz.)  
 El Alcaide! Silencio.

ESCENA VII.

Gonzalo. Quevedo. El Alcaide.

Alc. (Ap. ¡Desgraciado!)  
 Quev. La tristeza  
 se pinta en vuestro semblante,  
 ¿Qué nueva....  
 Alc. ¡Cruel instante!...  
 (A Gonzalo.)  
 Armaos de fortaleza.  
 Gonz. Hablad. La enemiga suerte  
 no postrará mi valor.  
 Quev. ¿Desterrado....  
 Alc. No. ¡Ay dolor!  
 Está condenado á muerte.  
 Quev. ¡Ah!  
 Gonz. Dios oyó mi plegaria.  
 Quev. ¡Inícuca condenacion!  
 Alc. Compete su ejecucion  
 á la justicia ordinaria.  
 Venid.  
 Gonz. ¿Dónde?  
 Alc. Se os traslada  
 á la cárcel de la villa.  
 Quev. (Ap. ¡Salud al Rey de Castilla!  
 ¡Su gloria será colmada!)  
 (Abrazando á Gonzalo.)  
 ¡No hay ya esperanza, hijo mio!  
 Alc. Si incesorable la ley  
 le condena, aun puede el Rey  
 revocar su fallo impío.  
 Si le habláis con interés....  
 Quev. ¿Lo dudais? Sí, sí: no en vano  
 quizá mi cabello cano  
 será alfombra de sus piés.  
 Gonz. Mas recto juez, mas tremendo  
 falla arriba entre los dos,



No os humilleis sino á Dios.  
Dejadme triunfar muriendo.

Quev. No quiero yo tu baldon.  
Corre á morir con denuedo;  
mas no estorbes á Quevedo  
cumplir con su obligacion.

Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!  
Suplicio, yo te bendigo,  
pues va á la tumba conmigo  
el corazon de Isabel.—  
Amparad vos su virtud,  
¡pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. (Enjugándose las lágrimas.)  
¡Basta!

Alc. Vamos....

Quev. Guiad.  
(Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hom-  
bros de Gonzalo.)

¡Oh  
malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.



## ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

### ESCENA I.

El Rey. Quevedo.

Rey. Don Francisco, no os canseis:  
holgárame de serviros;  
mas la ley....

Quev. Sus pocos años,  
su inesperienza....

Rey. Repito  
que en vano me importunais.

Quev. Recordad, señor, que es hijo  
de un valiente que perdió  
la vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal  
me priva, muerto á los filos  
de su espada.

Quev. Ya la parte  
del difunto, á ruego mio,  
le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,  
si reclama su suplicio....

Quev. ¿Quién?